

Necropolíticas en torno a la figura del migrante centroamericano en *Amarás a Dios sobre todas las cosas* de Alejandro Hernández*

Necropolitical around the figure of the Central American migrant in *Amarás a Dios sobre todas las cosas* by Alejandro Hernández

Necropolítica em torno da figura do migrante Centro Americano em *Amarás a Dios sobre todas las cosas* de Alejandro Hernández

Marissa Gálvez Cuen**

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México

Correo electrónico: marissa_gc_d@hotmail.com

Revista Corpo-grafías: Estudios críticos de y desde los cuerpos / Volumen 5 – Número 5 / Enero – diciembre de 2018 / ISSN impreso 2390-0288, ISSN digital 2590-9398 / Bogotá, D.C., Colombia / pp. 32-41.

Fecha de recepción: 24 de mayo de 2017

Fecha de aceptación: 9 de julio de 2017

Doi: <https://doi.org/10.14483/25909398.14204>

Cómo citar este artículo: Gálvez, M. (2018, enero-diciembre). Necropolíticas en torno a la figura del migrante centroamericano en *Amarás a Dios sobre todas las cosas* de Alejandro Hernández. *Revista Corpo-grafías: Estudios críticos de y desde los cuerpos*, 5(5), p-p 32-41/ ISSN 2390-0288.

***Artículo de investigación:** El presente artículo forma parte de la investigación doctoral sobre violencias en la narrativa centroamericana, realizada por Marissa Gálvez Cuen y dirigida por el doctor Alejandro Ramírez Lámbarry en el Doctorado de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Filosofía y Letras en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México).

****Maestra en Literatura Hispanoamericana en 2015 por la Universidad de Sonora. Se ha desempeñado como docente de educación media superior en áreas afines a la literatura y artes plásticas. Actualmente, su línea de investigación se centra en el estudio de la violencia en literatura centroamericana, como parte de su tesis doctoral en el programa de Literatura Hispanoamericana en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.**



Resumen

Este trabajo explora las dinámicas de agresión y violencia corporal cometidas contra los migrantes centroamericanos en su paso por México, representadas en la novela *Amarás a Dios sobre todas las cosas* de Alejandro Hernández, desde las propuestas de necropolítica, horrorismo y capitalismo gore por medio del análisis de los distintos procesos de deshumanización como el hacinamiento forzoso y la tortura que encaminan la búsqueda de construcciones de la otredad entre los grupos empoderados y los sujetos en tránsito.

Palabras clave: Centroamericana; corporalidad; literatura mexicana; migración; necropolítica; violencia.

Abstract

The present work explores the dynamics of aggression and physical violence against the Central American immigrants in their way through Mexico, represented in the novel *Amarás a Dios sobre todas las cosas* by Alejandro Hernández from the theories of necropolitics, horrorism and gore capitalism through the analysis of the different processes of dehumanization as the forced overcrowding and torture in the search of otherness constructions between empowered groups and people in transit.

Keywords: Central America; corporality; mexican literature; immigration; necropolitics; violence.

Resumo

Este trabalho explora a dinâmica de agressão e violência corporal cometida contra migrantes da América Central em sua passagem pelo México representada na novela *Amarás a Dios sobre todas las cosas* de Alejandro Hernández a partir das propostas de necropolítico, horror e capitalismo gore a través da análise do diferentes processos de desumanização, como a superlotação forçada e a tortura, que levam à busca de construções de alteridade entre os grupos empoderados e os sujeitos em trânsito.

Palavras-chave: Centro-americana; corporalidade; literatura mexicana; migração necropolítica; violência.

En la narrativa centroamericana gran parte de las representaciones sobre escenarios posteriores a la guerrilla coinciden en la exploración de la violencia y la forma en que esta ha impactado la vida de los sujetos, quienes han conformado una serie de imaginarios en los que impera la agresión como un *modus vivendi*, como una ontología del horror cotidiano. Sin embargo, estas visiones de la violencia no acaban ni se encuentran delimitadas por las fronteras entre Centroamérica y su país del norte, en cambio, se ven continuadas desde una visión externa en la que, si bien los personajes siguen siendo centroamericanos, son ahora vistos como migrantes que, forzados a escapar de la imperante violencia de sus países de origen (sean Honduras, Salvador o Guatemala) siguen siendo víctimas del rechazo y otras formas de violencia (sexual, económica, social, entre otras) en los países de tránsito o receptores. Incluso, al estar posicionadas desde el cronotopo mexicano como espacio narrativo, la narrativa analizada en este trabajo da cuenta de manera implícita de la violencia centroamericana de la que estos migrantes “huyen, escapan” (Martínez, 2010); como ocurría gracias a políticas como la de tierra arrasada en la que “al que no mataban lo obligaban, por el terror, a desplazarse hacia otras regiones. De esta manera, la guerrilla quedaba sin posibilidades de abastecerse” (CEH citado en González, 2014, p.7).

Si bien en México la violencia continúa su caudal encaminada a los migrantes centroamericanos, para estos la esperanza de migrar hacia Estados Unidos resulta más apremiante e incluso, y ante los ya mencionados desplazamientos forzados, se presenta como la única opción posible. En este contexto de migración, la representación de México como un país receptor,¹ ha sido desarrollada de distintas maneras tanto por escritores mexicanos como por autores centroamericanos, coincidiendo en la visión de un espacio burocratizado en el que no hay cabida para la reivindicación del migrante.

Es hasta el descubrimiento de fosas clandestinas con decenas de cuerpos torturados de centroamericanos que la prensa, la sociedad y el gobierno mexicano asimilan con un horror (por otra parte efímero) la innegable violencia contra migrantes en su paso por México.² A diferencia de las representaciones sobre los cuerpos en la literatura centroamericana más reciente, en donde la tortura actúa como un instrumento del terror y los cuerpos de las víctimas fungen como exponentes del poder de los victimarios; en la narrativa mexicana sobre migrantes centroamericanos los cuerpos intentan ser anulados, animalizados, reducidos en vida y posteriormente en muerte para suprimir todo tipo de identidad y de pasado y convertir a las personas en mercancía que, una vez explotada y carente de utilidad, es desechada. Si en vida estos sujetos aspiran a un anonimato en su intento por pasar desapercibidos ante autoridades, estafadores, traficantes, entre otros, en muerte este anonimato continúa con la descomposición, ocultamiento y olvido de cuerpos no reconocidos y no reclamados. La tortura y otras dinámicas de agresión corporal (privación del sueño, alimento y violaciones) siguen siendo parte del abuso del cuerpo como instrumento de poder por parte de un grupo dominante, aunque en el caso de los migrantes anónimos y desprotegidos por los sistemas de justicia de los países receptores, la desaparición de los cuerpos o la confusión de estos en fosas comunes prevalece sobre la necesidad de exponerlos como parte de una demostración de poder.

En este sentido, *Amarás a Dios sobre todas las cosas* (2013) del mexicano Alejandro Hernández, representa cómo los migrantes poseen múltiples niveles de negación de su persona: desde la identidad nacional a la que aspiran, pero no tienen, hasta la anulación de sí mismos como sujetos portadores de derechos humanos. La novela reconstruye desde la ficción la travesía de un migrante centroamericano y sus repetidos intentos por atravesar México para llegar a Estados Unidos, en un escape a la violencia económica y a la inminente amenaza de las maras. Es al final de la novela que se revela la identidad del protagonista como uno de los sujetos cuyo cuerpo es encontrado en la fosa

1 Ante la inminente captura de un gran número de migrantes y su consecuente regreso forzado a México, este se convierte en un país receptor y no de tránsito para quienes persisten en su empresa de cruzar a Estados Unidos. Por otra parte, como se expone en las novelas de escritores mexicanos como Alejandro Hernández, Emiliano Monge y Antonio Ortuño, el destino final de un elevado porcentaje de viajeros es el país de tránsito, ya sea por la violencia (asesinato), accidentes o debido a las vejaciones del desplazamiento.

2 La denominada masacre de San Fernando en Tamaulipas, ocurrida el 2010, ha sido uno de los acontecimientos más violentos en los últimos años en relación a los crímenes contra migrantes. El número de cuerpos encontrados, las señales de tortura presentadas en ellos y la negligencia en torno al caso ha sido motivo de reportajes, crónicas y notas que enfatizan la urgencia de reforzar las medidas de seguridad y los programas en defensa de los derechos humanos de los migrantes en México.

común en Tamaulipas. El ejercicio de Hernández, de trazar desde su narrativa las mismas rutas y describir los mismos escenarios por los que miles de migrantes transitan para construir al personaje-narrador, posibilita, incluso desde la ficción, otorgar una identidad y conocer la historia que *pudo haber sido* la de cualquiera de estos viajeros.

La narración de las distintas peripecias ocurridas a lo largo de la travesía desde Honduras hasta la frontera norte de México, posicionada en la perspectiva del migrante, sitúa asimismo al lector en un nivel paralelo al de los sujetos en tránsito y lo hace un testigo de los abusos y las inclemencias experimentados por los viajeros. Estas experiencias, marcadas invariablemente por la violencia, son representadas constantemente de forma vívida y explícita, de manera que su lectura signifique “un acto de agresión al lector” como sugiere Ariel Dorfman, al hablar de la violencia estética o narrativa (Dorfman 1997, p.394). Además de la violencia vertical y social, ejercida contra las minorías; la horizontal e individual, que es aquella que se da entre pares como una forma de supervivencia y la inespecial e interior, asimilada como una reacción de aparente indiferencia ante la normalización de la agresividad, la violencia estética supone un choque entre la realidad del lector y la naturaleza de los acontecimientos literarios de los que es testigo. Visto de esta manera, la novela de Hernández recurre a la representación de la tortura, el castigo, el terror y la pobreza como formas de enfatizar la gravedad y la precariedad de las condiciones a las que los miles de migrantes centroamericanos se enfrentan diariamente en su desplazamiento hacia el norte y las políticas mexicanas que, lejos de ofrecerles una protección legal, los condenan a la clandestinidad.

Según la noción de necropolítica planteada por el filósofo camerunés, Achille Mbembe “la expresión última de la soberanía reside ampliamente en el poder y la capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir” (Mbembe 2011, p.19), poder que según el autor se basa en la diferenciación de los grupos empoderados (en contextos específicos, empoderamiento basado en la posesión de armas) y los grupos no empoderados o, en resumidas cuentas, el poder de disponer no solamente sobre la vida de los individuos, sino sobre la muerte y las formas de morir. En el caso de los migrantes, esta lectura necropolítica se relaciona con los grupos criminales de tráfico de personas, quienes representan una soberanía alternativa, pero existente. Además de las armas, que en el planteamiento de Mbembe, aparecen como el principal recurso del poder, se encuentra el papel de la nacionalidad: quienes no tengan el reconocimiento y la protección de una ciudadanía no existen como sujetos en estos espacios de violencia y, por lo tanto, conforman una masa de exiliados cuya vulnerabilidad los invisibiliza en materia de derechos al mismo tiempo que los señala como objeto de interés para las élites criminales.

Además de la lectura necropolítica de Mbembe, para este análisis resultan de particular interés las propuestas y visiones de Adriana Cavarero (2009) y su concepto de horrorismo y el capitalismo gore de la mexicana Sayak Valencia (2010): la exploración que ambas autoras hacen de la corporalidad, sus representaciones y las funciones capitales, políticas e ideológicas del cuerpo merecen especial atención para el estudio de una narrativa centralizada en la tortura y la explotación de los migrantes en un México regido por dinámicas del narcotráfico. El análisis de Valencia sobre los “cuerpos concebidos como productos de intercambio” que constituyen en sí mismos la mercancía “encarnada literalmente por el cuerpo y la vida humana, a través de técnicas predatorias de violencia extrema como el secuestro o el asesinato por encargo” (Valencia 2010, p.15) ilumina ciertos aspectos sobre la corporalidad y el capital y, como se verá más adelante, ofrecerá un soporte para la exploración del cuerpo femenino y su papel como objeto de tráfico y explotación en un contexto predominantemente masculino.

Por su parte, el horrorismo propuesto por Cavarero, permite adentrarnos en la dimensión simbólica del cuerpo inerte, lejos de la perspectiva capitalista manejada por Valencia y más enfocada en la ontología de la tortura, que “pertenece al tipo de circunstancias donde la coincidencia entre el vulnerable y el inerme es el resultado de una serie de actos, intencionales y programados, que buscan

su realización” donde “el cuerpo muerto, en tanto que masacrado, es sólo un residuo de la escena de la tortura” (Cavarero 2009, p.60). De acuerdo a lo propuesto por la autora y para fines de este trabajo, el cuerpo deviene como producto de la relación entre victimario y víctima y las formas de tortura por medio de las cuales el primero logra prevalecer sobre la muerte del segundo. Si la lectura horrorista reflexiona sobre cómo en el cuerpo torturado quien habla es quien infringe el dolor, recurriendo al martirio como un lenguaje; el presente análisis busca aproximarse a las visiones sobre los migrantes anónimos y cómo por medio del retrato de su deshumanización intentan hacer un llamado de atención sobre estas comunidades.

Este análisis considera que, por una parte, en el caso de las violencias centroamericanas, la exhibición del poder por medio del cuerpo violentado corresponde más a las técnicas de terror de Estado propias del conflicto armado en los años ochenta y a la disputa de territorios por parte de las pandillas, también representados por la literatura centroamericana. Por otra parte, la violencia encontrada en los cuerpos migrantes y representada en la narrativa sobre migración centroamericana corresponde más al testimonio de las vejaciones que estos cuerpos experimentaron en vida, y a la inclemencia a la que son sujetos una vez muertos; sin una finalidad comunicativa en un contexto de clandestinidad doble: la de los migrantes quienes no desean ser descubiertos y la de los grupos criminales quienes se apegan al anonimato como forma de perpetuación de poder. Siguiendo la lectura necropolítica de Mbembe sobre la esclavitud, el cuerpo tiene un precio debido a su valor mercantil y su capacidad laboral, por lo que constituye en sí un valor de propiedad. El cuerpo, visto como el medio de trabajo, es también el medio de castigo y recompensa, por lo que quien está a cargo de los cuerpos, recurre a la violencia como una forma de control por medio de la cual confirma su autoridad al mismo tiempo que subordina por medio del dolor. Para Achille Mbembe:

Es manifiesto el transcurso violento de la vida de un esclavo si consideramos la disposición del capataz a actuar de forma cruel e inmoderada o el espectáculo de sufrimientos infligidos al cuerpo del esclavo. La violencia se convierte aquí en componente de las “maneras”, como el hecho de azotar al esclavo o de quitarle la vida: un capricho o un acto puramente destructor que aspira a instigar el terror. La vida del esclavo es, en ciertos aspectos, una forma de muerte-en-la-vida (Mbembe 2010, p.33).

En el caso de Alejandro Hernández, su novela apunta a la denuncia sobre la vulnerabilidad jurídica de los migrantes centroamericanos en México e introduce de manera explícita referentes a sucesos contemporáneos, como la mención directa a la masacre de San Fernando ocurrida en 2010 en Tamaulipas o la alusión a albergues y personas relacionadas con la atención al migrante. La novela narra las peripecias de Walter, un joven hondureño quien con su familia decide cruzar las dos fronteras mexicanas con el propósito de migrar a Estados Unidos por motivos económicos y quien doblemente ve frustrados sus intentos: la primera ocasión al ser detenidos por agentes de migración; la segunda al ser secuestrado por tratantes de blancas y ser liberado por el ejército tras su cautiverio. Éxodo, desplazamiento, regreso, partida, secuestro y liberación son episodios que son revelados en voz de Walter, quien relata sus experiencias en cuadernos que les serán entregados de manera anónima a sus familiares tras la muerte de éste, nuevamente a mano de secuestradores mexicanos.

De esta manera la novela de Hernández pone en la voz de un personaje ficticio las vivencias de miles de centroamericanos en su viaje por México; historias que sin saberlo desembocan en uno de los acontecimientos recientes más violentos en materia de migración:

El 25 de agosto de 2010, los periódicos de México y del mundo publicaron que setenta y dos migrantes habían sido asesinados en un rancho de San Fernando, estado de Tamaulipas. Walter estaba entre ellos. Ninguno de los cadáveres correspondía a la filiación del Profeta. Wilberto dice que una mañana, cuando la familia todavía nos sabía que Walter era una de las víctimas de la masacre, encontró los cuadernos afuera de su casa, al pie de la puerta (Hernández 2013, p.313).

El trágico suceso de San Fernando no es, sin embargo, el tema central de la novela; esta se centra en el desplazamiento en México, la vulnerabilidad de los migrantes en sus diversos escenarios, la descripción de sus albergues, las dinámicas de sobrevivencia a las que recurren y, en menor medida, el contexto centroamericano (en este caso hondureño) del que escapan en busca de mejores condiciones de vida. *Amarás a Dios sobre todas las cosas*, ofrece una visión intimista de la experiencia migrante en la que, secuestradores y agentes de migración constituyen a ese Otro.

Si como afirma Hannah Arendt, “el horror tiene que ver, en efecto, con la muerte de la unicidad” al tratar a los individuos como seres sin importancia, atacando su materia ontológica y haciendo de su homicidio algo “tan impersonal como el aplastamiento de un mosquito”, privándolos de su vida y también de su muerte (Arendt citada en Cavarero, 2009, p.80); la deshumanización de los migrantes descubre una dimensión del horrorismo basada en el despojo de la identidad personal y la bestialización. La pérdida de dicha unicidad se presenta en *Amarás a Dios*, con la negación de los referentes familiares como estrategia de sobrevivencia: si bien el desplazamiento inicial de Walter con varios miembros de su familia ofrece un sentido de protección ante la hostilidad del camino, los agentes e incluso los otros migrantes; viajar en grupo incrementa las posibilidades de extorsión y chantaje por medio del daño a terceros. En estas condiciones el padre de Walter se ve forzado a desconocer a su hijo quien había escapado de la autoridad, como única manera de evitar la detención de la familia entera:

Era un migrante, nada más. Pero qué migrante, de dónde era, en dónde quedaron de verse. Era menos que un migrante, le dije a un jefe de la policía. No seas pendejo, me dijo el jefe, no hay nada menos que un migrante. Y si no era migrante, entonces qué era. Las palabras le supieron a vómito a mi papá. Era nadie, les dijo (Hernández 2013, p.22).

A la negación del hijo en voz del padre sigue la negación de la identidad individual. Ser migrante, en este contexto, es equiparable con ser nadie, estar desprovisto de un pasado, lazos, intereses y necesidades, por lo que para las autoridades la respuesta del padre no carece de lógica y detienen sus interrogantes sobre el hombre que escapa de sus manos. Aunada a la anulación de la identidad, a la masificación de los migrantes como una horda uniforme, estos se ven desprovistos de su sentido de privacidad al ser confinados a espacios reducidos en los que se enfrentan con sus necesidades fisiológicas más urgentes. A la inicial violencia que representa el hambre y el cansancio de los migrantes, la necesidad de excretar y la imposibilidad de hacerlo en un sitio alejado y oculto al resto de los viajeros se convierte en una tortura debido a la asfixia producida por los olores, la insalubridad del espacio y el contacto forzoso con las secreciones y expulsiones corporales. Así, la mierda se torna en una imagen sórdida y al mismo tiempo metáfora de la condición precaria en la que se encuentran los viajeros, ya en este punto de la narración, secuestrados por los tratantes de personas.

Es precisamente esta derrota de la víctima alcanzada por la humillación y el despojo de la identidad a la que los victimarios aspiran con diversas tácticas de violencia, como una forma de mantener la sumisión de los sujetos extorsionados o secuestrados.

La novela de Hernández refleja las dinámicas de construcción de las otredades entre víctimas y victimarios. El encuentro de Walter con su primo Valente parece indicar que es en un punto en donde se encuentra ese distanciamiento aparentemente infinito entre el uno y el otro: desear estar del otro lado y tener la oportunidad de hacerlo se presentan como los ejes sobre los que gira la existencia del victimario. Sobre el primo Valente, Walter narra que al encontrarlo entre sus secuestradores “tenía un rifle en las manos y nos veía, atento, ajeno, tenso. Yo dejé de cavar y lo miré de frente. Cava, mierda, me dijo, y me arrojó a la cara la luz de su lámpara. Me supe reconocido” (Hernández, 2013, p.228). Más adelante, tras dar sepultura a un joven muerto en el tren, Walter declinará la oferta de Valente de escapar sin llamar la atención del resto de secuestradores, como única muestra de familiaridad entre ambos. Motivado por la esperanza de poder liberar al resto de los migrantes más adelante, incapaz de abandonar, según su lógica y moral, a sus compañeros de viaje, Walter decide continuar la travesía y se introduce en el tren que los llevará al rancho en el que serán encerrados a la espera de su rescate.

Mientras que Valente representa la supervivencia sobre los lazos afectivos y la moral personal, Walter se aferra a un sentimiento de pertenencia que, al no verse ligado a un espacio debido a su condición nómada, se relaciona con los sujetos también migrantes quienes representan una extensión de la patria y la familia hondureña, guatemalteca o salvadoreña. Al primer ofrecimiento a escapar, como un único favor concedido por su relación de parentesco, le sigue una segunda oferta que, si bien asegura el perdón de su vida y la remuneración económica, implica la traición a su comunidad y la ruptura de su propio código de valores. Ante la segunda negativa de Walter, quien declina la proposición de unirse al bando de traficantes de personas, uno de estos lo alienta en un intento de convencimiento y le afirma que “una entrenadita y ya está, con culeros de verdad, con sangre de verdad, una vez que te despachas a uno, una vez que te salpicas de sangre, se le va pasando a uno el asco, de veras, o cómo crees que empezamos todos los que andamos en esto, cómo, si no” (Hernández, 2013, p.265).

En la novela de Hernández al personaje de Walter le es planteado un entrenamiento en el que el contacto con la sangre y el constante ejercicio de la violencia facilita el trabajo de secuestrador y torturador, sobre todo si se toma en cuenta que uno de los mecanismos para obtener información personal y así pedir rescate por los migrantes cautivos, es la tortura. Para los secuestradores de *Amarás a Dios sobre todas las cosas*, la práctica lleva a la costumbre, por lo que el paso más importante es la inmediata iniciación.

La violencia como espectáculo es retratada por Hernández también desde la cuestión de género: el abuso sexual como una forma de necropolítica en la que no solamente el cuerpo masculino tiene un poder físico sobre el femenino, sino también toda una estructura basada en el dominio masculino y en la impunidad de las autoridades judiciales. La violación de Elena, la joven que viajaba acompañada de su hermano en el mismo tren que Walter, enfatiza dos aspectos sobre el desplazamiento. Por una parte, conscientes de su carácter de indocumentados, los viajeros desarrollan un sentido de comunidad en el que las afrentas individuales son también experimentadas como faltas al grupo. Por otra, este mismo carácter *ilegal* propicia la creación de una imagen del otro deshumanizada.

El personaje de Walter, conmovido y atormentado por el rapto de su compañera, al recuperarla y llevarla de vuelta al albergue tras haber sido violada y golpeada salvajemente, describe la escena como “el espectáculo de *nuestra* Elena destrozada” (cursiva propia). Cabe

señalar que el adjetivo posesivo enfatiza la unión de una comunidad agredida, en la que tanto el hermano de la joven como su compañero y los demás migrantes se solidarizan para alejarse de dicho espectáculo, evitando ser cómplices del atractivo de lo gore y permitiendo tener un grado de privacidad a Elena y a quienes son cercanos a ella. La frase de Walter no solamente da cuenta del impacto visual del regreso de la joven ya adoptada como propia por todos los pasajeros del tren, sino que describe un estado de incompletitud, de despojo y violación al referirla como destrozada.

Tras el regreso, el examen médico de Elena y su reintegración al albergue, su hermano va acompañado de Walter a buscar a los policías que la secuestraron y violaron, ya que él es el único testigo y, por lo tanto, el único sujeto capaz de identificar a los agresores. El hermano hace llamar al comandante, a quién violó a la migrante, a lo que este responde “a cuál de todas [...] y los policías celebraron la ocurrencia. Ha de ser a la última. A la última todavía no la violan, pendejo. Otra vez las risas” (Hernández, 2013, p.125). En el diálogo de las autoridades, no solamente prevalece el humor negro como una forma de denigrar nuevamente la dignidad de Elena y de su hermano, sino que reconocen que “a la última todavía no la violan”, ya que los abusos sexuales seguirán siendo cometidos por autoridades, tratantes de personas, narcotraficantes y otros grupos de poder.

Esta escena remite a “la parte de los crímenes” de la reconocida novela *2666* (2004) de Roberto Bolaño, en la que se refieren una serie de chistes sobre las mujeres como seres inferiores, en un contexto de feminicidios en la ciudad de Santa Teresa, referente ficcional a Ciudad Juárez en México:

Y González, incansable, seguía: ¿cómo elegirías a las tres mujeres más tontas del mundo? Pues al azar. ¿Lo captan, valedores? ¡Al azar! ¡Da lo mismo! Y: ¿qué hay que hacer para ampliar la libertad de una mujer? Pues darle una cocina más grande. Y: ¿qué hay que hacer para ampliar aún más la libertad de una mujer? Pues enchufar la plancha a un alargue. Y: ¿cuál es el día de la mujer? Pues el día menos pensado. Y: ¿cuánto tarda una mujer en morir de un disparo en la cabeza? Pues unas siete u ocho horas, depende de lo que tarde la bala en encontrar el cerebro. Cerebro, sí, señor, rumiaba el judicial. Y si alguien le reprochaba a González que contara tantos chistes machistas, González respondía que más machista era Dios, que nos hizo superiores (Bolaño citado en Hernández, 2016, p.645).

Este mismo personaje más adelante afirmará que “las mujeres son como las leyes, fueron hechas para ser violadas”. Ambas novelas, la de Hernández y la de Bolaño, representan en estos diálogos el humor negro basado en el necroempoderamiento de élites de poder que, en este caso, son representados como doblemente abusivos al ser sujetos destinados a la protección y al resguardo de la sociedad. A diferencia de los personajes de Hernández quienes sí secuestran y violan a Elena, en el caso de los policías de Santa Teresa la violencia queda registrada por la perpetuación de imaginarios misóginos y degradantes, y no por crímenes sexuales. En este caso “el acto violento se escenifica mediante los chistes, a través de un acto cómico. A diferencia de los crímenes, donde la violencia es explícita, estos chistes camuflan el proceso seminal de los crímenes: el machismo y el utilitarismo sexual sobre las mujeres, a través de una forma aceptable, simpática, para la sociedad” (Hernández, 2016, p.642).

Conclusiones

Ante las manifestaciones constantes de una violencia presente en los espacios, los cuerpos y las relaciones entre sujetos y Estado, lejos de construirse como un arma defensora del resarcimiento social, el olvido se instaura como una estrategia de liberación colectiva ante la imperante necesidad de olvidar, ya sea por “el exceso del pasado en el presente” o por la velocidad con la que surgen cada vez más acontecimientos violentos que impiden la fijación de un solo evento en la memoria colectiva (Mendoza, 2016). La violencia y las reacciones en torno a esta en la literatura problematizan esta cuestión ética y estética en torno a las visiones sobre los derechos humanos y la forma en que estas son representadas por los medios, comentadas por la opinión pública y discutidas por las élites académicas. Se evidencian las dimensiones de una violencia simbólica e institucional que no da cabida a subjetividades y que acaba poco a poco con la capacidad de indignación en sociedades como la mexicana, habituada no solo a los actos violentos, sino a las variadas formas en que estos actos son reproducidos y re-semantizados tanto en aras de vender como de denunciar. La violencia pierde su dimensión humana y pasa a convertirse en un fenómeno social que afecta a vidas anónimas, *ajenas*, como los sujetos en continuo desplazamiento, por lo que la subjetividad de estas corporalidades se torna en “un aspecto necesario para explicar lo inenarrable de una experiencia de violencia, en la que surgen experiencias literarias que intentan traducir el dolor de las víctimas” y en donde “lo ficcional de una narración es parte de la vivencia real” (Mancillas, 2015, p.12), como dan cuenta los testimonios comprendidos en esta narrativa.

Los contextos de corrupción, la indiferencia social y la exposición de la crisis social en Centroamérica aún vigente después de los varios tratados de paz, son algunos de los ejes en los que convergen autores mexicanos como Alejandro Hernández en un intento de profundizar en los cuerpos y las identidades de quienes han sido victimizados en sus países de origen y en los de destino; tierras arrasadas en las que ante la imposibilidad del arraigo solo queda el instinto de supervivencia. Estas otras fronteras en la literatura mexicana no apelan al popular folclor de los narcocorridos ni hacen caso de la mítica figura del narcotraficante, sino que optan por representar los escenarios más hostiles en los que la xenofobia y el racismo propician un distanciamiento que poco a poco va abriendo más la brecha entre ciudadanía y migrantes, los unos y los otros o, según la necropolítica de Mbembe, los cuerpos en poder y los cuerpos sin autonomía de sí mismos.

Referencias

- Bourgois, P. (2001). *The power of violence in war and peace Post-Cold War lessons from El Salvador*. Londres: Sage.
- Cavareo, A. (2009). *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. Barcelona: Anthropos.
- Cuevas, N. (2017). Narrativa centroamericana: frontera, violencia y exilio. Apuntes para una crónica de la corrupción. *Valenciana*, 20, pp. 87-112.
- González, A. (2014). Violencias de género constitutiva de crímenes de lesa humanidad y genocidio: El caso de Guatemala. *Aletheia*, 5(9). En línea «http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6431/pr.6431.pdf»
- Hernández, D. (2016). Más allá de los feminicidios: violencia y cuerpo femenino en ‘La parte de los crímenes’ de Roberto Bolaño. *Cuadernos de literatura*, 40, pp. 633-647.
- Mancillas, Y. (2015) *Narrativas corporales de la transmigración centroamericana en México*. Buenos Aires: CLACSO.
- Martínez, Ó. (2010). *Los migrantes que no importan*. México: Surplus.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Tenerife: Melusina.
- Mendoza, J. (2016). Reconstruyendo la guerra sucia en México: del olvido social a la memoria colectiva. *Latin American Perspectives*, 21, pp. 124–140.
- Morales, A. (2007). *La diáspora de la posguerra: regionalismo de los migrantes y dinámicas territoriales en América Central*. San José: FLACSCO.
- Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. España: Melusina.
- Varela, A. (2017). “La Trinidad perversa de la que huyen las fugitivas centroamericanas: violencia feminicida, violencia de estado y violencia de mercado”. *Debate feminista*. En línea «http://www.debatefeminista.cieg.unam.mx/wpcontent/uploads/2017/05/articulos/DF_21.pdf»